

Que la mano de Dios formó de cieno.
 Al verse así burlada en sus creencias,
 Hacia el mundo sintió mortal desprecio;
 Rompió los dulces lazos de familia,
 Rompió su mismo corazón, y haciendo
 Infelices a muchos, su mirada
 Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,
 Amigo mío, sí... ¿Cómo el viajero
 Que caminó durante muchos años,
 Sin abrigo, por áspero desierto,
 A la sombra del árbol que descubre
 No ha de querer gozar descanso eterno?



LA CUESTA DEL MUERTO



LA CUESTA DEL MUERTO

I

El camino de Jalapa á Coatepec.

De cuanto he visto no hay cosa
Que así me halague y sonría
Como mi ciudad natía,
Como Jalapa la hermosa.

Ni ví mas lindo verjel
Que Coatepec, cuya calle
Se extiende en ameno valle
Limpia y trazada a cordel.

De sus montañas musgosas
Se asienta aquélla en la falda,
Luciendo fresca guirnalda
De mirtos, nardos y rosas.

Sus cármenes atraviesa
 Red de arroyuelos sutiles,
 Y baña sus pies gentiles
 Honda y cristalina presa.

El pueblo al pie de altos montes
 Se aduerme al rumor de un río,
 Y tiene perpetuo estío
 Si estrechos los horizontes.

Cuando visita el viajero,
 Tras la aridez de la costa,
 Esos campos que ni agosta
 Julio ni entristece Enero;

Cuando mira el caserío
 Blanquear en la montaña,
 O que descubrirlo extraña
 En hondonadas umbrío;

Cuando respira el ambiente
 En aromas impregnado
 Del liquidámbar preciado
 Y del jinicuil pendiente;

Y oye que en dulces conciertos
 Dan su voz por las mañanas
 Las arpas en las ventanas,
 Los pájaros en los huertos;

Y halla una limpieza extrema
 En calles, casas, personas,
 Y un sol en aquellas zonas
 Que vivifica y no quema;

Un sol que brilla al través
 Del aire diáfano y puro,
 Flores que visten el muro
 Y dan alfombra a sus pies;

Y gente de afable trato,
 Y, lector, aunque te asombres,
 Franca amistad en los hombres
 Y en las mujeres recato;

Toma súbita querencia
 A la tierra en que nació,
 Y a veces quédase allí
 A terminar su existencia.—

Pero me difundió ya:
 Voy el camino a trazarte
 Que al Sur de la villa páрте
 Y al pueblo expresado va.

Puedes andarlo en dos horas
 Por anchurosa calzada
 De un bosque al través tirada
 Entre arboledas sonoras.

Y a trechos el lujo es tal
De aquella vegetación,
Que te forma pabellón
De frescura sin igual.

El liquidámbar y encino,
La madreSelva, la rosa,
La verde palma orgullosa
Y el sobresaliente pino,

Ligan entre sí sus ramas,
O mecen flor y capullo
De las brisas al arrullo
Sobre las humildes gramas.

Tienden sus puentes colgantes
De un árbol a otro livianas,
Vides silvestres, lianas,
La hiedra de hojas sonantes.

Veloz a las ramas trepa
La ardilla si es perseguida;
La parda culebra anida
Del tronco añoso en la cepa.

Y bajo aquella enramada
Oirás en distintas horas,
Ya de las aves canoras
La melodía acordada,

Ya el silbido del arriero,
Del leñador los hachazos,
O los recios picotazos
Del pájaro carpintero.

Si el Norte a veces, tesoro
De salud y de frescura,
Brama al romper su clausura
Como enfurecido toro,

Abate y descuaja arbustos
Y en remolinos se lleva
La hojarasca y hoja nueva
De los robles más robustos.

Y hace en el bosque un ruido
Como el del mar, y un instante
De la campana distante
Estás oyendo el sonido.

No nubla el cielo sereno
De polvo con nubarrones,
Que es en aquellas regiones
Compacto y duro el terreno.—

Siendo quebrado el camino,
Tras hondo valle te encumbras
Y a un lado y otro vislumbras
Paisaje el mas peregrino.

Abismos hay a tus pies
Que cubre espeso verdor;
Sale del fondo el rumor
Del torrente que no ves.

Si la sima es peñascosa,
Divisas en su hondo lecho
Por bosquecillos de helecho
Correr el agua espumosa,

Ora roja, ora amarilla,
Zarca o cenicienta acaso,
Según el color que al paso
Toma en sus lechos de arcilla.

Más allá de las barrancas
Ves llanos, colinas, chozas,
Y el humo que de las rozas
Sube en espirales blancas.

Y en el valle y la montaña,
Sirviéndola de coronas,
Ves las amarillas zonas
De la dulcísima caña.

Ves las serpentinadas sendas
Por los montes solitarios,
Y casas y campanarios
De rancherías y haciendas.

Van no lejos y entre sauces,
Sin arrastrar cieno alguno,
Dos ríos, en solo uno
A confundir sus dos cauces.

Tibias y medicinales
Son las aguas del primero;
Como las nieves de Enero
Lleva el otro sus raudales.

Oyes detrás de los cerros,
A los lados del camino,
El estruendo del molino
Y el ladrido de los perros.

Y aunque al pueblo puedes ir
Desde Jalapa en dos horas,
Si con la vista devoras
Lo que intenté describir,

Te ha de entretener al grado
De que aún no, seguramente,
Llegues al último puente
Cuando la noche ha cerrado.

II

El cronista y su guía.—La Cuesta.—La tradición.

Como a mitad del camino
 A pie llegaba una tarde,
 Volviendo de un rancho oculto
 Entre bosques seculares
 Y en medio de dos colinas,
 De Coatepec adelante.
 Puesta la escopeta al hombro
 Y con la vista en los árboles,
 Entre sus ramas buscaba
 La ardilla, invisible casi
 Según lo rápidamente
 Que por el bosque entra y sale.
 Y, cazador distraído,
 Siempre con nuevos afanes,
 Ni en derredor advertí
 La belleza del paisaje
 Que incendiaba la luz roja
 Del sol que a Occidente cae;
 Ni recordaba siquiera
 Que iban en los dos morrales
 Mío y del guía un conejo
 Y dos o tres gavilanes.

Era el guía hombre robusto
 De cuarenta navidades,
 Carácter franco y resuelto,
 Faz morena, piernas ágiles,
 Fresco sombrero de palma
 Con cintas negras al aire;
 Blanca la camisa y verdes
 Las calzoneras que al talle
 Banda de burato ajusta
 Ancha y de color de sangre.
 Ahumado lleva el fusil,
 Que es útil cosa el quitarle
 Todo brillo, y siendo opaco,
 No asusta al ciervo ni al ave.
 De una correa pendiente
 La gamitadera trae
 Que así a las ciervas engaña
 Como convoca a los áspides;
 Y al extremo de dos cuerdas
 Atados, por ser ya tarde,
 Dos lebreles, raza pura,
 Con el afán de soltarse.

Era el guía, como he dicho,
 Hombre resuelto, y sus lances,
 Sabidos en la comarca,
 Fama le dieron y grande.
 Mas es la gente del campo
 Supersticiosa, y Andrade—
 Que así se apellida el hombre—